

TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

NUEVAS DIMENSIONES, NUEVOS INSTRUMENTOS

POR una pequeña rendija de la economía helvética inundada repentinamente por el influjo masivo de capitales italianos se originó la primera corriente de aire que se localizó según los expertos con una flotación del franco suizo. Era episodio aislado y sin importancia. El soplo, continuó, y al cabo de pocos días se convirtió en viento fuerte que llegó a las Bolsas de Londres, París y Nueva York. Convertido en huracán, alcanzó las costas de la República Federal de Alemania en proporciones gigantescas como cascada incontenible de dólares vendedores. El Gobierno de Bonn ordenó medidas drásticas para contener la avalancha y defender la estabilidad de su economía. En el Extremo Oriente, el yen sometido a otro ciclón considerable se veía acorralado por la presión compradora y empujado hacia niveles cada vez más elevados. Mientras tanto, el oro, en lingotes y en monedas, subía a las cotizaciones más altas conocidas, para demostrar el afán de los especuladores de buscar refugio en la «reliquia bárbara» de que hablara Lord Keynes hace ya muchos años.

¿Cuál es la causa de este vendaval monetario que azota periódicamente las economías del capitalismo en el mundo? ¿Por qué esta epidemia que repentinamente brota y crea accesos de locura compradora y vendedora en el mercado de las divisas al conjunto de un episodio aparentemente pequeño y sin alcance universal? Hay explicaciones técnicas de elaborado conocimiento que justifican y aclaran el meteoro. Para mi modo de ver hay un motivo de profunda causalidad en estas graves alteraciones que está en la raíz de las mismas y que no se ataca del todo por la dificultad intrínseca de su planteamiento y eventual solución.

El mundo de las finanzas internacionales en el que se producen estas crisis corresponde esencialmente a las naciones del Occidente de Europa, a los Estados Unidos y al Japón. En una palabra a los países del desarrollo industrial y del mayor avance tecnológico. O en otros términos a los quince o veinte países ricos del planeta que se reparten entre sí el 60 o el 70 por ciento del PNB global. Las economías monetarias de esos países están todavía establecidas sobre cuadros o armazones

EL VENDAVAL MONETARIO

nacionales, es decir, correspondientes, al límite del Estado-nación, dentro de sus fronteras propias. Pero ya el ámbito de sus economías en el orden industrial y comercial desborda totalmente el estrecho contorno nacional para desparramarse por el mundo entero. La Europa de los Nueve es un ejemplo práctico de esa exigencia de la dimensión.

Desde Bretton Woods hasta 1971 el dólar había sido, por acuerdos establecidos, la moneda universal de referencia del mundo capitalista, aunque cada año que pasaba el irrealismo de una tal política, basada en la imaginaria convertibilidad del dólar en oro, se alejaba del módulo de credibilidad. La inconvertibilidad decidida por los Estados Unidos hace dos años terminaba la etapa histórica de la hegemonía monetaria de Washington. El cimiento formal del mercado monetario quedaba sustancialmente alterado y la puerta abierta para toda especie de vendavales.

La enorme masa de dólares volantes en los mercados europeos y el gigantesco cefalópodo que son las empresas multinacionales, capaces de transferencias monetarias instantáneas, de notable volumen y de muy diversa ubicación son factores determinantes de las crisis y de sus repentinidades apariciones y agravamientos. Pero ello no hace sino comprobar la raíz de la enfermedad a que antes aludía y que no es en esencia sino ésta: en una etapa de interdependencia y de internacionalización obligada de las políticas exteriores económicas de las naciones democráticas libres no es posible mantener sus monedas en la dimensión nacional de antaño como instrumento de cambio y signos de valor referido al interior de sus fronteras. Hay que internacionalizar las monedas, simplificando su número y diversidad. Hay que crear monedas nuevas referidas a enteros grupos de naciones. Hay que establecer paridades reales basadas en equivalencias aceptadas, nuevamente, por todos. Y es preciso, en una palabra, superar ese residuo del nacionalismo monetario que domina todavía en muchas mentes de Gobierno en Europa, en Japón y en América para ir hacia la valuta internacional aunque ello suponga, como en tantos terrenos, ceder algún Jirón de la soberanía.

A las nuevas dimensiones de la economía tienen que corresponder instrumentos de otra escala. A la agrupación de países, exigida por la nueva configuración de los poderes en el mundo ha de buscarse una homologación en el orden monetario. A la declinación de las hegemonías, como políticas de potencia, ha de seguir una armonización de las valoraciones respectivas de los símbolos cambiarios, si se quiere evitar una interminable serie de sacudidas sísmicas que no sólo pueden quebrantar gravemente las economías de Occidente sino también su estabilidad política.

Que el oro sirva —como quiere Jacques Rueff y la escuela francesa— de base a la nueva ordenación necesaria, debidamente re-evaluado, o se prescindiera por el contrario de él, es problema que se me antoja secundario y de entidad exclusivamente técnica. Lo urgente y lo que será imprescindible es unificar las monedas en la mayor medida posible y hacer en el campo de las divisas lo que ya se ha impuesto en el área del comercio, de la industria, de la defensa y del mercado laboral en nueve países de Europa. Hacer esto y seguir con nueve monedas distintas, es algo anacrónico e irracional. A mi juicio en ello reside la verdadera clave del problema.

Los prejuicios a superar serán muchos, más que los obstáculos puramente técnicos que serían, a no dudar, salvables. Todavía existe una cierta magia en torno a la moneda nacional de cada país, símbolo de la autarquía soberana y de la economía encerrada entre fronteras. Voltaire decía que la moneda era la sangre del Estado. Hace falta hoy que su circulación sea interestatal para que no provoque embolias, ni trombos periódicos, su utilización, por el dinero caliente de los agiotistas. Porque la crisis monetaria presente, peligrosa en sí misma, es la amenaza de un peligro mucho mayor: el de la disolución de la alianza que, de hecho, une hoy a las economías de los Estados Unidos, Europa y el Japón en defensa de un sistema común.

José María DE AREILZA

EMIGRANTES

LA decisión soviética de imponer el pago de determinadas cantidades a los ciudadanos que desean emigrar ha sido objeto de comentarios virtuosamente severos en la prensa occidental. Con las excepciones obvias, los papeles públicos de «este lado» pretenden ver con malos ojos la gabela, y acuden incluso a los solemnes principios de la Declaración de los Derechos del Hombre para denunciarla. Esta Declaración, al parecer —nunca he sentido el menor interés por leer textos de tanta suntuosidad lírica, e ignoro si es cierto—, afirma que «toda persona es libre de abandonar un país, incluido el suyo». O algo por el estilo. Y no cabe duda de que las tarifas establecidas por Moscú tienen el propósito de cortar o cohibir esa libertad. Se trata de evitar, precisamente, que ciertos ciudadanos hagan la maleta, tomen el avión y se larguen fuera de la URSS. Son, en general, ciudadanos de estirpe judía, cuya intención es instalarse en Israel o en cualquier otro sitio. Es el viejo, enconado problema del antisemitismo sigue en pie en el área socialista, tanto o más que en la capitalista. Los gobernantes de la Unión Soviética pretenden trenar la desbandada de sus hebreos. Estos traslados de familias, por poco aparatosos que sean, habrían de producir un desconolador efecto en la «opinión» —llamada «pública»— mundial. Porque nadie huye si no le acosan. Una manera de paliar el asunto, es decir, de disimular el acoso, sería poner trabas al viaje. Pidiendo rublos, por ejemplo.

De entrada, la cosa queda clara: la maniobra procede de una astucia política, dirigida a esconder la dramática fealdad de las anécdotas. En la medida en que los judíos no «quieren» abandonar la URSS, los judíos se sienten en la URSS como en su casa: tal es la conclusión. Y aquí empieza el embrollo: el «querer» y el «poder». Para irse de la Unión Soviética, el circunciso ha de pagar una cantidad de dinero más o menos considerable. El hecho de que «pueda» o no pagarla es determinante. Se constituye en filtro, en colador, en aduana. El judío emigrante con ahorros suficientes abonará la cuota que le asignen, y de ser súbdito de Breznev pasará a serlo de la señora Meir: con su pan se lo coma. Aunque algo saldrá ganando, desde luego: una sinagoga entera y verdadera...

Los funcionarios del Kremlin, que no se chupan el dedo, han procurado dar al episodio una justificación meramente económica. Según las disposiciones oficiales publicadas, el arancel a satisfacer por el emigrante no se presenta como una sanción ni como un obstáculo: eso equivaldría a admitir un fondo turbio, reticente, irracional, a la actitud de la Administración soviética. Han preferido darle un enfoque más aséptico: los rublos exigidos para que un judío pueda autoexportarse se definen como un «reembolso». Con notoria frecuencia, los individuos involucrados en el trámite suelen ser intelectuales: pasaron por la Universidad o por alguna Escuela de Altos Estudios...

Becas, maestros, libros y todo eso: «hacer» un ingeniero o un médico cuesta muchos cuartos. En Rusia, aquí y en todas partes. Son cuartos que salen, en parte, en una modesta parte, del bolsillo del beneficiario. Del suyo: del de su parentela, en definitiva. Eso ocurre en los países capitalistas, donde la enseñanza sólo a medias —y a veces más que a medias— va a cargo del Estado. Los chicos que ahora cursan sus carreras en cualquier aula del mundo están subvencionados por el contribuyente. La sociedad, organizada por un sistema fiscal determinado, paga las cátedras, los comedores, las matriculas, los cine-clubs, las asambleas, los deportes, las cafíaspirinas. En un grado mayor o menor. Un licenciado o un doctor representan una inversión considerable, a cuenta del Erario. En las zonas socialistas, el carácter colectivo de la inversión, del «pago», es todavía más espectacular. Cuando el obrero inocentemente analfabeto toma su vaso de vino o mastica un pedazo de pan están tributando unos céntimos al Estado, que el Estado aplica, luego, entre otras cosas —no discutiremos cuántas ni cuáles—, a facilitar la enseñanza de los señoritos. Si en la Unión Soviética no hay «señoritos», pongamos «estudiantes». Esto son habas contadas. Un abogado, un químico, un docente de cualquier especie, un médico, un arquitecto, un lo-que-sea titulado en tal o cual ramo, son lo que son porque los pagamos entre todos, unos más y otros menos, y menos los que «más» y más los que «menos», en última instancia...

La sociedad, o su Estado, invierte muchos duros en criar su plantilla de facultativos. Insisto en lo de «inversión» e «invertir», porque, en el fondo, se trata de una operación económica clara: exactamente como la que supondría poner dinero en máquinas, en instalaciones, en materiales, o en caminos, canales y puertos, todo ello proyectado hacia una eficiencia compensatoria. Tiene muy poca gracia que el sacrificio que eso comporta se disipe por hache o por be. En todo caso, los dirigentes de la Unión Soviética, en vista de que sus judíos-intelectuales —educados a costa del Estado— quieren marcharse, piden que los beneficiarios «devuelvan» el coste del beneficio. Pasan la factura. Un ingeniero como Dios manda, quizá expertísimo, pagado por la URSS, se va a Israel o a Estados Unidos, y de allí su rendimiento... Es, en principio, absurdo. Y el planteamiento se repite en cualquier tipo de «emigración» adulta. No es necesario referirnos a la gente docta: la simple mano de obra subalterna, sólo a medias instruida, o ni siquiera instruida, también implica una «inversión» formidable. La crianza de un hombre representa, hechas las cuentas, un gasto monumental. Nutrirle, cuidarle, proporcionarle higiene, vestirle bien que mal, enseñarle un oficio, y lo restante: es caro. Y una vez el hombre «hecho», a punto de ser «rentable», pasa a serlo en otra sociedad. La sociedad receptorista se encuentra con esta ganga.

La broma de los «Derechos del Hombre», con muchas mayúsculas, cuando tropieza con la tremenda realidad del duro, ha de retraerse. No hará falta llegar al sarcasmo de Jonathan Swift en su sangrienta «Modesta proposición», para puntualizar la cosa: la amarga reducción de un «hombre» al mero cálculo financiero... Este, el nuestro, es un país de «emigración». Ahondar en el tema nos llevaría muy lejos, por su complejidad y sus matices. Los desplazamientos de gente tienen consecuencias diversas, según la entidad y el destino que adquieran. Coinciden, sin embargo, en su inflexible «necesidad». El «éxodo campesino», el trasplante del agro a la industria, es fatal. La miseria desaloja de la tierra al labriego más tozudo. Emigra. Dada la convención básica de que una «sociedad» es el «Estado» que la abarca, mientras la emigración

es «interior» los enfoques no suelen ser analizados, o valorados, en términos económicamente nacionalistas. Se considera que todo queda en casa. Pero cuando la emigración descansa sobre el pasaporte, el asunto toma otro cariz. Los territorios pobres se convierten en viveros baratos, ostensiblemente baratos, de brazos para los territorios ricos. Las Mecas del pequeño jornal europeo gozan de esta jugosa plusvalía. De «allá» llegan los tristes ahorros laborales, que, acumulados, no son moco de pavo. De todos modos, la situación no varía: aquí los crían y allá los juntan...

Naturalmente, a nadie se le ocurriría —en estas circunstancias— exigir a los que emigran el pago de una cuota de resarcimiento. Que no la podrían pagar. De hecho, cada emigrante es un problema menos: el cinismo no es mio. A pesar de ello, resulta imprescindible subrayar el otro aspecto del fenómeno, y dejar bien sentado que la «mano de obra» inocente que «enviamos» al Mercado Común o a Suiza, o a donde sea, sale a expensas del peculio local: facilitamos gratuitamente, o casi, las piezas más elementales del mecanismo económico que produce la «opulencia» galo-germánica... Asunto muy distinto es el de la tan traída y llevada «fuga de cerebros». No es comparable lo que ocurre en estas latitudes con lo que decíamos de la Unión Soviética. A menudo, los gorgoritos de tono numantino, o estilo Larra, han exagerado el drama. No todos los «cerebros» celtibéricos que emigran merecen ser equiparados a la emigración obrera. Los Estados Unidos, Inglaterra, incluso Francia, ofrecen laboratorios y becas, o sueldos, que permiten «investigar»: o sea, «dar de sí» lo que el emigrante nunca podría «dar» en su lugar de origen. En esto, la «inversión» se reparte entre un lado y otro. Hay tela cortada para un rato largo... Si los soviéticos desnudan el esquema, y lo traducen en arancel, aunque sea con motivos turbios, ¿por qué «nosotros» no lo sometemos a cautelas y a exámenes? Sencillamente para ver de veras lo que pasa... Digo yo...

Joan FUSTER

COMPRO

SALONES DORADOS, ISABELINOS Y DE ESTILO, CUADROS, MUEBLES Y COMODAS DE ESTILO, LAMPARAS, FIGURAS, BRONCE Y MARMOL, ETC., JUGUETES. HERENCIAS, TORRES Y PISOS ENTEROS

Gran interés en cuadros: Sr. CRISFER

T. 226-05-50

Reserve ya sus Vacaciones de SEMANA SANTA

Del 19 al 23 de abril

LONDRES	6.700 Ptas.
AMSTERDAM	8.600 »
MALLORCA	3.300 »
IBIZA	3.975 »

El precio incluye Avión, Hoteles y traslados

INFORMES Y RESERVAS:

Viajes Enus, S. A.

C. Pujos, 11. Teléfono 249 53 41-42
Avda. Masnou, 5. Tel. 333 09 16
C. Barcelona, 133. Tel. 337 13 44

HOSPITALET

Avda. Virgen de Montserrat, 255
Teléfono 236 68 02

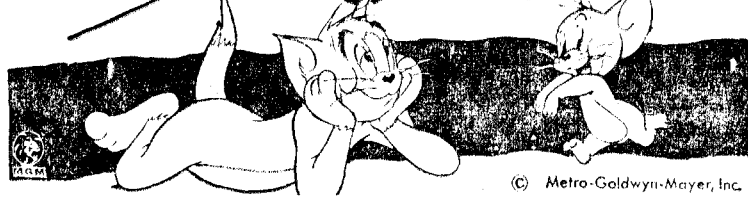
P. San Juan Bosco, 53. T. 203 98 48

DESVIACION VERTEBRAL

Combatirá eficaz y cómodamente. Teléf. B. 253-24-26, de 12 a 1 y 3 a 4. Daremos hora

Ya han llegado para usted en películas S-8 las aventuras de

TOM Y JERRY



(C) Metro-Goldwyn-Mayer, Inc.

ADQUIERALAS EN LOS ESTABLECIMIENTOS DEL RAMO